

---

## **Un incierto y sinuoso camino: la formación del mercado de fuerza de trabajo en la agricultura bonaerense entre fines del siglo XIX y el inicio de la Primera Guerra Mundial**

---

Pablo Volkind<sup>1</sup>

.....

### **Resumen**

La expansión agrícola bonaerense que se produjo entre fines del siglo XIX e inicios del XX requirió del concurso de miles de trabajadores asalariados que se desplazaban a los campos entre noviembre y mayo para levantar las cosechas de trigo y maíz. Las superficies cultivadas en gran parte de las unidades productivas excedieron la capacidad de trabajo de la mano de obra familiar de las explotaciones chacareras y por lo tanto se hizo imprescindible en la mayoría de ellas contratar jornaleros.

De este modo se fue desarrollando y consolidó en la provincia de Buenos Aires un mercado de fuerza de trabajo agrícola. En este pro-

---

1 Universidad Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios (CIEA). Este trabajo se inscribe en la programación UBACyT 2014/2017. Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y de la Facultad de Filosofía y Letras. pvolkind@gmail.com

ceso pueden identificarse dos períodos tomando en cuenta la evolución de los flujos de inmigrantes europeos, el número de residentes de la campaña, los desplazamientos de población urbano-rurales y la evolución de la superficie sembrada. La primera se extendió entre fines del siglo XIX e inicios de la década de 1900 mientras que la segunda transcurrió desde 1904/5 hasta la Primera Guerra Mundial, cuando se redujo la dependencia del mercado de fuerza de trabajo con respecto a los flujos anuales que provenían del extranjero.

El análisis de la dinámica de la conformación de dicho mercado de trabajo aporta a la comprensión de las particularidades de la formación capitalista argentina que giraba alrededor de la producción de bienes agropecuarios para la exportación en base, entre otros factores, a un grado significativo de superexplotación del proletariado rural.

**Palabras-clave:** Obreros agrícolas –Buenos Aires – Etapa agroexportadora – Mercado de fuerza de trabajo - Inmigración

## Summary

### **An uncertain and winding road: the making of the agricultural labor market in Buenos Aires between the end of the 19th Century and the beginning of the First World War**

The agricultural expansion that took place in Buenos Aires between late 19th Century and the beginning of the 20th. required of thousands of waged workers that moved across the fields between November and May to harvest wheat and corn crops. In a big part of the farms, the crop land exceeded the capacity of family labor and therefore it became essential to hire day laborers in most of them.

Consequently, it was developed and consolidated an agricultural labor market in the province of Buenos Aires. Two stages can be identified in this process, attending to the evolution of flows of European immigrants; the number of residents in the countryside; the urban-rural population movements; and the evolution of the crop land. The first period was extended between the end of the 19th century and the first half of the 1900s', while the second went from 1904/5 up to the beginning of the First World War, when the dependence of the labor market regarding annual flows from abroad had already been reduced.

The analysis of the dynamics of that labor market formation, contributes to the understanding of the particularities of the Argentine capitalist formation, oriented to the production of agricultural goods

for export and relied, among other factors, on a significant degree of super-exploitation of the rural proletariat.

**Key words:** Agricultural workers- Buenos Aires – Agri-exports phase  
– Labor market - Immigration

## Introducción

Para 1911, la División de Estadística y Economía rural del ministerio de Agricultura calculaba en 130 o 140.000 la cantidad de obreros ocupados -de noviembre a marzo- en el levantamiento de la cosecha, cifra que ascendería a los 200.000 para la campaña 1914/1915 (Ministerio del Interior, 1915: 24). Simultáneamente, el Departamento Nacional de Trabajo denunciaba que los jornaleros que se desplazaban a los campos partían "...algunas veces de los centros urbanos con colocación ya asegurada; pero lo general es que desde el momento en que abandona el trabajo para dirigirse a la cosecha hasta que principia a obtener salario transcurren algunas semanas. Terminadas las faenas se ven obligados nuevamente a buscar colocación. Algunos la obtienen de inmediato, pero la mayoría debe esperar semanas y aún meses para obtenerla, para otros transcurre el resto del año sin haberla conseguido" (Boletín del Departamento Nacional de Trabajo, 1916: 12). De este modo, la formación del mercado de fuerza de trabajo agrícola se desarrolló a través de un camino incierto, sinuoso e inestable que transitaron miles de jornaleros argentinos y extranjeros.

A pesar de estos testimonios y de un profuso acervo documental, la expansión agrícola que se evidenció durante la etapa agroexportadora suele asociarse fundamentalmente con la incorporación de modernas maquinarias, la puesta en producción de nuevas tierras y el arribo de miles de inmigrantes europeos que como arrendatarios o propietarios estuvieron a cargo de un significativo porcentaje de las unidades agropecuarias de la región pampeana. Así, en ciertos casos, se presenta un pasado en el cual bastaba el esfuerzo y el ingenio individual para alcanzar un veloz progreso económico en unas pampas abiertas al talento y la innovación. Al jerarquizar unilateralmente estos factores, algunas interpretaciones han secundarizado el papel de los obreros asalariados en el proceso productivo y en consecuencia, tienden a oscurecer las múltiples relaciones de explotación que se enhebraron alrededor de la agricultura. Para esta visión, los jornaleros rurales contratados para levantar las cosechas percibían remuneraciones elevadas que compen-

saban las difíciles condiciones en las que se desarrollaban las tareas e incluso resultaban atractivas para los inmigrantes “golondrina” que venían por unos pocos meses a la Argentina. A menudo subyace en estos argumentos la concepción de que el acelerado crecimiento económico del período habría redundado en un “derrame” de la riqueza sobre el conjunto de la estructura social manifestándose en las zonas rurales la posibilidad –muy extendida, se dice- de transitar el camino de ascenso social de peón a propietario (Miguez, 2008: 199-202; Djenderedjian, Bearzotti y Martirién, 2010: 858-867, Cortés Conde, 2005: 15-38) .

Por el contrario, en este artículo argumentamos que el crecimiento económico argentino durante el período –exaltado como proceso de “modernización”- fue posible, entre otros factores, por el predominio a escala social de la explotación de la fuerza asalariada no sólo en los ámbitos urbanos sino también en los rurales. Por un lado, una gran parte de los agricultores arrendatarios producían en parcelas que excedían la capacidad de trabajo propio y de su familia y se les hacía prácticamente imprescindible contratar jornaleros transitorios fundamentalmente para la cosecha. Por otro lado, capitalistas agrarios –arrendatarios o propietarios- que se limitaban a organizar la producción en su explotación y demandaban trabajadores asalariados para todas las labores. Así también los contratistas de trilla que en aquel período eran –mayoritariamente- empresarios poseedores de un volumen importante de capital en maquinaria o terratenientes que disponían de las mismas. De este modo, se fue desarrollando y consolidando un mercado de fuerza de trabajo agrícola en la provincia de Buenos Aires, simultáneamente y como parte de uno más amplio a escala de toda la región pampeana en una estructura económica caracterizada por un pronunciado monopolio de la tierra y condicionada por el predominio del capital monopolista extranjero en el transporte y la comercialización internacional.

Sobre este proceso, en el escrito se brindan elementos para avanzar en el conocimiento acerca de las condiciones de vida de los obreros agrícolas, sus dificultades para garantizar su supervivencia y el grado de superexplotación al que estaba expuesto un porcentaje significativo del proletariado en un país cuya base económica giraba en torno a la producción de bienes agropecuarios para la exportación.

El foco del análisis se concentra en la actividad agrícola dado que es allí donde se desplegó en forma más plena -cualitativa y cuantitativamente- la relación laboral basada en la compraventa de fuerza de trabajo. Lo cual no implica desconocer el peso económico fundamental de la producción ganadera -el otro pilar de la etapa agroexportadora- ni

el avance del capitalismo en su seno aunque allí la consolidación de las relaciones laborales modernas se vio condicionada por factores históricos y estructurales diferentes.

En virtud de la combinación particular de los flujos de inmigrantes europeos, la relevancia cuantitativa de los habitantes de la campaña, los desplazamientos de población urbano-rurales y la evolución de la superficie sembrada, identificamos dos de los momentos que transitó dicho proceso: el primero se extendió entre fines del siglo XIX y la primera mitad de la década de 1900 y un segundo período que abarcó desde la campaña 1904/05 hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial.

Nos enfrentamos a problemas relacionados con la caracterización del propio objeto de estudio y al recorte espacial. Al respecto, Waldo Ansaldi se interrogaba acerca de cómo caracterizar a estos obreros rurales: ¿son una fracción de clase, constituyen una “clase obrera intermitente”, “existe el obrero rural pero no la clase la clase obrera rural”? (Ansaldi, 1993: 14); en definitiva ¿cuán rurales eran los obreros agrícolas? Si bien estos interrogantes dan cuenta de una situación caracterizada efectivamente por una estrecha interpenetración entre espacios rurales y urbanos, es posible identificar factores que permiten estudiar de forma relativamente independiente a los asalariados rurales. Retomamos así los planteos de Ascolani: “dada la heterogénea procedencia de la masa trabajadora y su carácter adventicio, los límites espaciales y humanos del mercado de trabajo no pueden ser definidos sin ambigüedades. No obstante, el mercado de trabajo rural muestra sus particularidades a través de elementos propios como los niveles salariales y las costumbres en relación a las condiciones de trabajo que unifican la heterogeneidad...” (Ascolani, 1988: 5). Por lo tanto, la identidad y especificidad de la mano de obra agrícola se sustenta en el medio donde desarrollan sus labores, el tipo de “vivienda”, la calidad de la alimentación, la falta de auxilios frente a los accidentes y la ausencia de leyes protectoras y las formas de lucha y organización sindical, entre otros tópicos.

Aunque la mayoría de estos trabajadores (los transitorios) provenía de ámbitos urbanos o periurbanos (pueblos de campañas, pequeñas ciudades o grande urbes como Capital Federal), obtenían lo principal del sustento para su reproducción de las labores que desempeñaban en los ámbitos rurales donde buscaban ocupación prácticamente la mitad del año. En este sentido, sólo a modo de referencia, se puede retomar las afirmaciones que realiza Marx para el caso de Irlanda y las distinciones que efectúa con respecto a Inglaterra. Después de describir las condiciones de trabajo y de vida de los obreros agrícolas ingleses

concluía: “se recordará que el proletariado rural inglés nos mostraba también fenómenos semejantes. La diferencia está en que en Inglaterra, país industrial, la reserva fabril se reclutaba en el campo, mientras que en Irlanda, país agrícola, la reserva rural se recluta en las ciudades, refugio de los campesinos arrojados del terruño. Allí, los brazos sobrantes de la agricultura se convierten en obreros fabriles; aquí [en Irlanda], los asalariados urbanos, siguen siendo obreros agrícolas y se ven constantemente empujados de nuevo al campo en busca de trabajo” (Marx, 1995: 602). Salvando las distancias entre lo sucedido en Irlanda y Argentina, y tomando en consideración que para el caso local una proporción significativa de los “campesinos arrojados del terruño” provenían de Italia y España, las precisiones efectuadas por Marx ofrecen una referencia para avanzar en la comprensión de la dinámica laboral que se consolidaba en la región pampeana para un porcentaje relevante de la población asalariada. De este modo, se asiste a la formación de un sub-mercado de fuerza de trabajo agrícola.

La delimitación espacial concentrada en la provincia de Buenos Aires se fundamenta en las siguientes consideraciones: los asalariados rurales, justamente por el carácter estacional de la mayoría de las labores para las que eran contratados, solían desplazarse frecuentemente. En ciertos casos se movilizaban entre puntos bastante distantes, superando los límites provinciales tal como sucedía con los braceros que se dirigían desde el sur de Santa Fe y Entre Ríos hacia el norte de la provincia de Buenos Aires para cosechar el maíz y el lino. Sin embargo, una elevada proporción de los juntadores que recolectaban estos granos provenía de los pueblos y ciudades de los propios partidos bonaerenses y de la Capital Federal donde residía un significativo porcentaje de los contingentes de inmigrantes que arribaron al país en este período. En los distritos del sur de la provincia, las mayores distancias dificultaban el movimiento de aquellos trabajadores que buscaban ocupación en las cosechas y por lo tanto, la mayoría de los obreros que participaban en la recolección del trigo provenían de lugares más cercanos o eran inmigrantes que se trasladaban en ferrocarril desde la Ciudad de Buenos Aires. A medida que fue transcurriendo el tiempo, la movilidad de la fuerza de trabajo asalariada que intervenía en la agricultura bonaerense fue circunscribiéndose cada vez más a un ámbito con epicentro en la misma provincia.

## **Expansión agrícola e incremento en la demanda de fuerza de trabajo para la agricultura bonaerense (1895-1904)**

El crecimiento acelerado de la superficie cultivada en la provincia de Buenos Aires comenzó a desplegarse hacia mediados de la década de 1890, una vez superados los efectos de la crisis de 1890. Si bien todavía en el espacio rural predominaba la cría de ganado vacuno y ovino, ya se abría paso - particularmente en el norte bonaerense- la agricultura extensiva que no sólo tuvo como destino el abastecimiento del mercado interno sino también la exportación de granos. Así, para 1895 se habían sembrado 367.446 hectáreas con trigo y 689.007 de maíz, lo que colocaba al distrito bonaerense como el espacio con mayor superficie cultivada con maíz y el segundo con trigo, muy por detrás de Santa Fe. Este incremento se tradujo en un aumento de la demanda de trabajadores asalariados para las diversas labores (preparación del suelo, siembra, cuidado de los cultivos y, particularmente, la cosecha) que arribaban a los campos desde distintas procedencias.

En esta primera etapa de la expansión agrícola, la población que ya residía en los partidos bonaerenses tuvo un papel fundamental en la provisión de brazos para las cosechas. Los procesos de cercamiento y consolidación de la propiedad privada en los ámbitos rurales, el fin de la frontera “abierta” y el sometimiento del “gaucho” obligaron a un significativo contingente de personas a tener que garantizar la reproducción de su existencia a través de la venta de su fuerza de trabajo. Enfrentados a esta situación y dada la estacionalidad predominante de las diversas tareas rurales, un nutrido porcentaje de los habitantes de la campaña iniciaron un proceso de rotación entre distintas actividades donde se podía alternar –si se tenía la buena fortuna de conseguir ocupación ininterrumpida- la esquila (octubre y noviembre), la cosecha de trigo (diciembre a febrero) y luego la recolección del maíz (de marzo a junio). Esta población rural, que debía procurarse el modo de sobrevivir a lo largo del invierno -momento donde resultaba más complicado conseguir empleo-, no sólo había sido expropiada del acceso directo a ciertos medios de producción sino que además, tampoco tenía garantizada la demanda de su fuerza de trabajo durante todo el año. Una situación relativamente similar experimentaba un elevado porcentaje de las personas que residían en los pequeños pueblos y ciudades del interior de la provincia que alternaban sus trabajos urbanos -jornaleros, albañiles, peones, lavanderas, costureras- con la participación en las cosechas del trigo y el maíz como forma de garantizarse una remuneración en los meses de primavera, verano y otoño, según la zona en que habitaran.

También tomaron parte en la recolección de las cosechas un elevado número de trabajadores provenientes de las urbes más destacadas –Ciudad de Buenos Aires y Bahía Blanca- que se movilizaban entre diciembre y mayo hacia las zonas rurales para encontrar ocupación en la siega y trilla de los granos. Mayoritariamente se trataba de jornaleros que buscaban completar su supervivencia realizando tareas rurales dado que en las grandes ciudades también se hacía presente para muchos una demanda sólo estacional de trabajo, ya sea en la construcción privada, en la obra pública o en las actividades portuarias. Al respecto Juan Alsina, Director del Departamento de Inmigración, afirmaba que –refiriéndose a lo sucedido en la Capital Federal- los trabajadores hábiles en algún oficio que llegaban del exterior eran muy contados y que

“el personal de las manufacturas, fábricas y algunos talleres se forma con gente jornalera, sin oficio determinado, sin educación especial, a la que se adiestra en el manejo de la maquinaria en breve tiempo, siendo muchas veces personal mudable, al que se puede someter al salario mínimo, y que se traslada de un oficio a otro, o abandona el que ha tomado por casualidad, para salir en los meses de septiembre a junio, a ocuparse de la esquila, siega y trilla de cereales y recolección del maíz” (Alsina, 1905: 43).

Entre los contingentes que se desplazaban al campo desde estas grandes ciudades se destacó el creciente número de inmigrantes del viejo continente que viajaban hasta estas costas para buscar un mejor porvenir o sólo para juntar una suma de dinero que luego les permitiera regresar de inmediato a sus países de origen con un ahorro (ver Tabla 1).

**Tabla 1. Movimiento migratorio de ultramar  
(pasajeros de 2° y 3° clase), 1895-1903**

Años	Inmigración	Emigración	Saldo	Tasa de permanencia
1895	61.226	20.398	40.828	66,68%
1896	102.673	20.415	82.258	80,12%
1897	72.978	31.192	41.786	57,26%
1898	67.130	30.802	36.328	54,12%
1899	84.442	38.397	46.045	54,53%
1900	84.851	38.334	46.517	54,82%
1901	90.127	48.697	41.430	45,97%
1902	57.992	44.558	13.434	23,17%
1903	75.227	40.653	34.574	45,96%

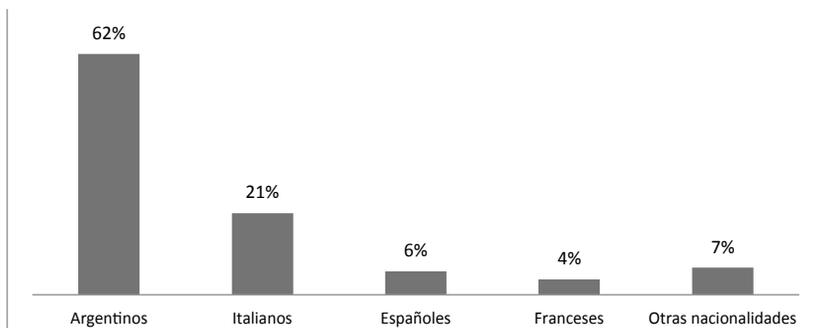
Fuentes: elaboración propia en base a la Memoria de la División de Inmigración. Año 1904. Ministerio de Agricultura, Buenos Aires (1905).

Si bien la literatura ha otorgado un rol protagónico al inmigrante –y particularmente al “golondrina”– en la recolección de los granos, el análisis de los datos provistos por las cédulas del Censo de Población rural de 1895 permiten matizar esa imagen pues tanto en Pergamino como Tres Arroyos (dos distritos muy relevantes de los núcleos maicero y triguero bonaerenses, respectivamente), más de la mitad de los jornaleros rurales eran argentinos (62% en el primer caso y 53% en el segundo), tal como se puede observar en los gráficos 1 y 2. Estos hechos permiten inferir que al menos en esta etapa del desarrollo del mercado de fuerza de trabajo agrícola bonaerense el peso de los jornaleros nacidos en el país era muy significativo en relación a los extranjeros, situación que se iría modificando entrado el siglo XX.<sup>2</sup>

Estos datos están en línea con los guarismos que ofrece el censo de población para ambos partidos dado que en Pergamino los argentinos representaban el 73% del total mientras que los extranjeros el 27% restante y en Tres Arroyos la distribución era 63% y 37% respectivamente.<sup>3</sup>

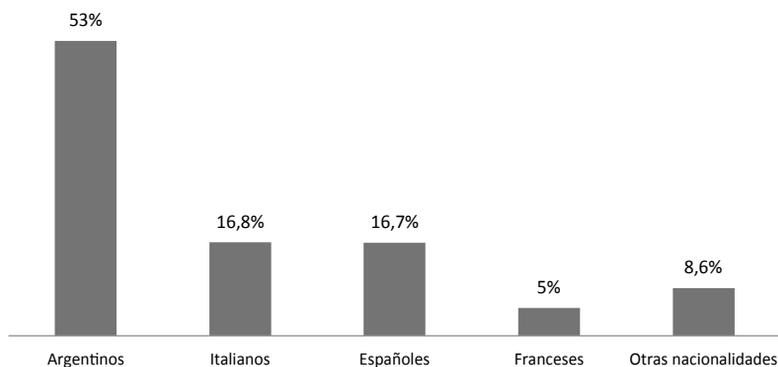
- 
- 2 Se seleccionó el partido de Pergamino porque constituía –para fines de siglo XIX– el tercer distrito más poblado de la provincia de Buenos Aires, detrás de La Plata (60.991) y Chivilcoy (30.133). Según el Segundo Censo de la República Argentina, en 1895 residían en Pergamino 23.945 personas, de los cuales 9.540 habitaban en zonas urbanas y 14.405 en el ámbito rural. En el caso del sur bonaerense Tres Arroyos, era uno de los distritos con mayor superficie sembrada y tenía proporcionalmente, un elevado número de pobladores tratándose para una zona de reciente ocupación. Para 1895 se registraron en Tres Arroyos un total de 10.423 personas, de las cuales 6.698 habitaban en zonas rurales y 3.725 en espacios considerados urbanos. Para ambos, difiriendo con los criterios de clasificación oficial utilizados en aquella época, consideramos el número de la población rural sin contar a los pobladores de las quintas aledañas a los centros urbanos. Fuente: cédulas del *Segundo Censo de la República Argentina*, Archivo General de la Nación, 1895, legajos 801, 802, 803 y 848. Para una ampliación de estos aspectos metodológicos ver Volkind, Pablo (2015).
  - 3 De todas formas, cuando se profundiza en el análisis de la composición de dicha población se puede advertir que en Tres Arroyos ya el 69% de los varones de 18 a 50 años eran extranjeros en este primer período. Podría considerarse en esta región el peso de la ganadería extensiva y su expansión que habría restringido la participación de la población preexistente en las nuevas actividades agrícolas. Se debe aclarar que en estas la mayoría de esos sujetos extranjeros no fueron registrados como jornaleros sino como chacareros o campesinos dado que –todavía para fines del siglo XIX– existían mayores posibilidades de acceder a una parcela de tierra en el área de reciente ocupación bonaerense.

### Gráfico 1. Jornaleros rurales en Pergamino según nacionalidad, 1895



Fuente: Elaboración propia en base a Cédulas de población del Segundo Censo Nacional, 1895. Archivo General de la Nación, Legajos 801, 802 y 803.

### Gráfico 2. Jornaleros rurales en Tres Arroyos según nacionalidad, 1895



Fuente: Elaboración propia en base a Cédulas de población del *Segundo Censo Nacional*, 1895. Archivo General de la Nación, legajo 848.

Un tercer contingente de braceros de siega y trilla estuvo conformado por la población que se movilizaba desde provincias del “interior” hacia las zonas rurales bonaerenses. Refiriéndose a lo sucedido en Santa Fe para inicios del siglo XX, Biale Massé comentaba que

“...desde hace algunos años caen también a la cosecha muchos santiagueños, cordobeses y correntinos, algunos catamarqueños y riojanos y uno que otro tucumano, y no son pocos los peones del Rosario, Santa Fe y Córdoba, y aún artesanos que abandonan las ciudades tras el mejor jornal que las cosechas ofrecen. Espontáneamente se ha formado una cantidad de golondrinas criollas, y ya las hay que emigran a Tucumán en junio, para la zafra de la caña, vuelven a sus pagos en agosto y septiembre; se van en diciembre a las zonas cerealistas y vuelven en marzo o abril”. Sin embargo, no dudaba en reconocer que “lo más general es que hagan una sola campaña; ello es a causa de lo agotadores que son los trabajos; el que hace las dos se acaba en poco tiempo” (Bialet Massé, 1984: 150).

Este tipo de migraciones, que están más documentadas para la provincia de Santa Fe y el norte de Buenos Aires, también crecieron en importancia para la cosecha triguera del sur bonaerense estimuladas por la mayor demanda laboral debida a la escasa población que habitaba en la zona. Al mismo tiempo, no todos los desplazamientos desde el interior del país tenían por objeto regresar al lugar de origen, notándose ya en estos primeros años del siglo XX que un porcentaje creciente optó por probar suerte y radicarse definitivamente en las zonas hacia donde había marchado en busca de trabajo (Lattes, 1979).

De todas formas, el análisis de los datos provistos por las planillas censales de 1895 permite advertir el amplio predominio de jornaleros argentinos nacidos en la provincia de Buenos Aires por sobre los oriundos de otras provincias. De estos, en Pergamino predominaban los procedentes de Santa Fe y Córdoba mientras que en Tres Arroyos se destacaban los santiagueños.

El número poco significativo de población oriunda de regiones extrapampeanas –con relación a la local y a la inmigrante– indicaría que todavía una proporción significativa de la población del “interior” no era impulsada a desplazarse para lograr su reproducción, y/o que existían múltiples dificultades que limitaban la movilización (desde condiciones de existencia y subordinación social hasta el costo de los pasajes), o que los salarios abonados no resultaban suficientemente atractivos o una combinación de diversos factores, expresivos del desarrollo desigual y contradictorio de la formación social argentina en aquella “modernización”.

Esta situación se evidenciaba en un momento en que –paradójicamente– la fuerza de trabajo disponible en la región pampeana parecía resultar escasa y los titulares de las explotaciones agrícolas reclamaban

por la falta de brazos que impactaba no sólo en el proceso productivo sino también en el “costo salarial”. Precisamente, a inicios del siglo XX surgen propuestas, que se hacen eco de las preocupaciones de terratenientes y agricultores, sobre la posibilidad de complementar la fuerza de trabajo pampeana impulsando la movilización de contingentes poblacionales de otras zonas del país, particularmente del noroeste. Así, desde las páginas de *La Nación* se enfatizaba:

“se ha dicho ya que en el norte de la República hay muchos miles de peones criollos de los que trabajan en los ingenios de azúcar que podrían ser utilizados, porque en esta época no tienen precisamente aplicación alguna; pero esos peones que pertenecen a la provincia de Tucumán y a las limitrofes no se mueven sino en grupos considerables y sin que alguien se encargue de buscarlos y asegurarles el regreso” (29/11/1902).

Estas referencias a una potencial mano de obra disponible, al accionar de enganchadores y a la regulación de los movimientos a lo largo del territorio constituyen tópicos muy relevantes para profundizar el análisis sobre las formas particulares que asumió el desarrollo desigual del capitalismo en el conjunto de la formación social atendiendo a la dinámica que tuvo no sólo en la región pampeana sino también en el resto del país donde fue muy persistente la coexistencia de relaciones salariales y presencia de coacción extraeconómica (Gresores, Volkind y Giribone, 2014).<sup>4</sup> De este modo, se recreaban limitaciones a la constitución de un mercado nacional unificado de fuerza de trabajo determinando sus modalidades particulares.

## **Dinámica del mercado laboral agrícola en el primer período**

La dinámica del mercado de fuerza de trabajo estuvo estrechamente asociada a la evolución del área sembrada, los factores climáticos, la demanda desigual de brazos para las diversas tareas, la magnitud de la inmigración y los niveles de desocupación en los ámbitos urbanos.

Para la preparación del suelo y la siembra en aquellas parcelas que por sus dimensiones requerían personal asalariado se contrataba generalmente a los pobladores de los pequeños pueblos y ciudades del interior bonaerense así como de las propias zonas rurales, debido a la

---

4 Sobre el tema consultar Teruel (1991).

cercanía espacial que tenían con los titulares de las explotaciones (Bialet Massé, 1985: 144).<sup>5</sup>

Pero en los meses de cosecha, momento crucial del proceso productivo, se requería un volumen de jornaleros mucho más elevado. Si bien los chacareros, una gran parte arrendatarios, y burgueses agrarios pretendían tener resuelto ese “problema” sin contratiempos no siempre contrataban a la mano de obra más próxima. Algunos agricultores preferían arreglar con braceros procedentes de lugares más lejanos que una vez terminadas las labores retornaban a sus lugares de origen. De ese modo, buscaban evitar que aquellos jornaleros que habían trabajado para ellos en verano les pudieran reclamar en invierno –momento en el que caía mucho la demanda de empleo- alimentos y otros recursos para poder sobrevivir como sucedía con quienes habitaban en el mismo distrito.

Por otro lado, aquellos sujetos que se encontraban a una mayor distancia de los núcleos productivos ruarles –particularmente quienes vivían en las grandes urbes- hicieron uso de diversos medios para intentar conseguir ocupación en la cosecha. Una posibilidad era inscribirse en una agencia de colocación pública o privada. Estas últimas solían publicar avisos clasificados en los diarios donde ofrecían, por ejemplo, “500 peones italianos del norte, prácticos para las cosechas, trilla y alfalfa. Brazos garantizados, chacareros pueden tomar cuadrilla anticipadamente dándoles comida solamente. Oficina Central, Lavalle 621”.<sup>6</sup> En coyunturas de fuerte desocupación urbana, un elevado número de trabajadores recurrían a este mecanismo tal como se refiere en las columnas del diario *La Prensa*: “viven devorando las columnas de avisos de los diarios a la espera de un pedido de brazos, mientras otros van a ofrecer sus servicios para cualquier cosa”.<sup>7</sup> Estas oficinas de empleo intermediaban entre la oferta y la demanda, adelantaban el dinero al jornalero para la compra del pasaje del ferrocarril y a cambio de los servicios prestados le descontaban elevados porcentajes de su salario en concepto de devolución de los adelantos realizados. Además, en infinidad de casos, ofrecían condiciones laborales que luego no se cumplían tal como lo denunciaban el órgano socialista *La Vanguardia*.<sup>8</sup>

---

5 Si bien Bialet Massé analiza lo sucedido en la provincia de Santa Fe, sus conclusiones también se ajustan a lo acaecido en Buenos Aires.

6 *La Nación*, 7/12/1895, p. 1.

7 *La Prensa*, 30/8/1901, p. 3; *La Prensa*, 23/9/1901, p. 3.

8 *La Vanguardia*, 24/10/1903; *La Vanguardia*, 13/02/1904.

Entre los trabajadores que se movilizaban por su cuenta, se encontraban los denominados “linyeras”: aquellos que se desplazaban por diversas zonas con su pequeño atado de ropa y algunos utensilios a cuesta. Había una importante proporción de estos individuos que se dirigían a las zonas rurales, realizaban las tareas para las que eran contratados y regresaban a su hogar para sostener –con los jornales recibidos– al grupo familiar. Otro grupo de sujetos pasó a vivir a lo largo de las vías, llevando una vida errante sin residencia fija. A los primeros se los conocía como linyeras “de juntada” y su vida errante era temporaria mientras que los otros eran los linyes propiamente dichos, de vía o permanentes (Nario, 1980: 8).

En segundo lugar, las modalidades de contratación de los obreros diferían según las tareas que debían realizar y el grado de calificación que se requería para cada una de ellas. Los braceros que buscaban ocupación en la siega y la trilla solían aguardar en la estación del ferrocarril, en la casa de acopio, en el almacén o en el boliche del pueblo a que los titulares de las explotaciones los vinieran a buscar. Algunos, inclusive, comenzaban un periplo a pie por las chacras más cercanas ofreciendo sus servicios (Frank, 2002: 31). Pero el tiempo de espera entre el arribo a la zona y la posibilidad de conseguir un trabajo efectivo se podía dilatar y eso generaba serias dificultades para la supervivencia debido a la escasez de recursos con que contaban. En este sentido, eran recurrentes los conflictos entre los jornaleros desocupados y los almaceneros de ramos generales que se negaban a fiar alimentos.

Para aquellas labores en que se requerían trabajadores más calificados, como los maquinistas y foguistas, la situación presentaba ciertas particularidades ya que estos sujetos cumplían un papel fundamental en el proceso productivo: debían operar con maquinaria costosa y compleja cuya manipulación sin conocimientos específicos podía generar la pérdida del capital invertido y de vidas humanas.<sup>9</sup> Por eso, tal como sucede hoy en día, el dueño de la máquina buscaba contar con las mayores referencias posibles de estos operarios a quienes les confiaban sus medios de producción.<sup>10</sup> En algunos casos los propietarios de maquinarias, contratistas para la cosecha y capitalistas agrarios, empleaban maquinistas especializados, solos o con ayudantes, que ofrecían sus servicios a través de los avisos clasificados publicados en los diarios.

---

9 Eso sucedía si explotaba el motor a vapor que accionaba la trilladora, situación que no resultó tan excepcional en aquella época.

10 Sobre las formas de contratación actuales y el papel de los conductores de cosechadoras ver Villulla (2015).

En otras oportunidades eran las agencias privadas de colocación las que operaban como intermediarias y en otras, los mismos contratistas o burgueses agrarios establecían un vínculo más estrecho y reiterado con estos trabajadores que eran convocados cosecha tras cosecha por su desempeño.<sup>11</sup>

En el caso de los inmigrantes que arribaban a Buenos Aires, una forma de conseguir ocupación en las faenas rurales consistía en acogerse a los servicios que ofrecía el Estado a tal fin. Las clases dominantes y los gobiernos –interesados en garantizar la mano de obra necesaria para desarrollar las diversas tareas- fueron generando una serie de instituciones para recibir y conducir a los recién llegados hasta diferentes puntos del país. Como es conocido, esto se efectivizaba a través del Departamento General de Inmigración que ofrecía alojamiento por unos días y luego la “introducción” hacia las zonas rurales a través de subsidios en los pasajes en ferrocarril. Por este mecanismo, entre fines del siglo XIX e inicios del XX se trasladaron a diversas regiones del país alrededor del 32% de los europeos ingresados al país y, del número total, cerca del 30% se dirigió a las distintas estaciones de la provincia de Buenos Aires en donde se suponía que conseguirían trabajo.<sup>12</sup>

De los datos provistos por las Memorias del Departamento General de Inmigración se puede observar que los inmigrantes distribuidos por el Estado se dirigieron mayoritariamente hacia los partidos ubicados en el sudoeste bonaerense, región donde lentamente el trigo iba desplazando al ovino y donde se registraba una menor densidad de población. Aunque el distrito que más personas recibió fue Bahía Blanca -que no se caracterizaba por la superficie sembrada-, la ciudad homónima se convirtió en el principal núcleo urbano y puerto de exportación triguero, donde la construcción de edificios, el puerto y el tendido de vías ferroviarias generaba una gran demanda de fuerza de trabajo temporaria que luego “hacía la cosecha”. Por el contrario, en los partidos del norte bonaerense -donde la población local era más numerosa y se abonaban jornales un poco más bajos-, los europeos recién arribados encontraban menores incentivos para desplazarse.<sup>13</sup>

---

11 La Nación, 1/11/1897, p. 1; La Nación, 7/11/1897, p. 1; La Nación, 6/12/1897, p. 1; La Nueva Provincia, 4/3/1904.

12 En relación a las cifras sobre internación en todo el país y en la provincia de Buenos Aires para el período 1900-1914 (Ospital, 1991).

13 Esta situación no se contraponía con los desplazamientos temporarios a los campos en los períodos de cosecha. Sobre el tema ver (Caviglia, 1971).

Durante este primer período la expansión del área sembrada fue más veloz que el incremento en la disponibilidad de mano de obra y por lo tanto en determinados momentos se produjeron desajustes temporales entre la oferta y la demanda de fuerza de trabajo, particularmente en los años en que crecía la expansión y la ocupación urbana. Así, a partir de 1895 comenzaron a resultar frecuentes las quejas de las diversas categorías de agricultores sobre la falta de jornaleros para recolectar los granos, lo cual resultaba especialmente notorio respecto a la juntada maicera. Por este motivo, durante los últimos años del siglo XIX la inmigración era “visualizada como positiva, funcional al mercado de trabajo y necesaria para la capitalización del país” tanto por el gobierno como por los empresarios y los chacareros (Ascolani, 1998: 7).<sup>14</sup>

Sin embargo, esta mayor demanda no se reflejó necesariamente en un aumento de los salarios y en la mejora de las condiciones de trabajo que hiciesen más atractivo este tipo de labores. Por el contrario, la precariedad de las condiciones laborales que se ofrecían limitaba –en ciertos momentos- el desplazamiento de jornaleros hacia las zonas rurales (La Vanguardia, 13/2/1904). En este sentido, una revista especializada en temas agrarios vinculada a un grupo de medianos y grandes productores planteaba que “es cierto que había falta de brazos, pero no es menos cierto que los agricultores que buscaron y pagaron como las circunstancias exigían, encontraron, recolectaron y vendieron; y los que mezquinaron el centavo, han quedado rezagados, no han vendido, ni venderán sino a condiciones demasiado desventajosas” (La Agricultura, 27/6/1895: 510). Argumentos similares esgrimía, nueve años después, el funcionario Juan Alsina quien declaraba en el diario *La Prensa* que la principal causa de la escasez de hombres para la cosecha respondía al “proceder incorrecto e inhumano de no pocos propietarios para con los trabajadores, a quienes pagan salarios reducidos y obligan a trabajar más horas que de sol a sol, dándoles una alimentación mala e insuficiente”.<sup>15</sup> Como puede observarse, no sólo las publicaciones proletarias, sino también aquellas que expresaban los intereses y preocupaciones de los empresarios más acomodados, se hacían eco de esta problemática. Cada sector, desde su posición e intereses, aducía distintas explicaciones sobre la resistencia de los trabajadores a desplazarse hacia los campos, destacándose entre ellas la que aludía a los engaños a que eran sometidos por parte de los contratistas, quienes prometían una serie de beneficios que luego –una vez en los campos- no se cumplían. A

14 Sobre las quejas de los agricultores ver *La Prensa*, 1/1/1904, 5.

15 *La Prensa*, 6/9/1904, 8.

esto se sumaban las dificultades que tenían los obreros para resolver a su favor los conflictos que se llevaban al terreno judicial. Desde las páginas de *La Agricultura* se lamentaban que “los funcionarios judiciales que entienden en asuntos de menor cuantía guardan indebido respeto a los legítimos intereses de los vecinos permanentes de la localidad, o bien, y esto ha de ser lo más frecuente, porque los jornaleros, ignorantes y además temerosos, no saben defender sus derechos o no se atreven a defenderlos con la energía que corresponde”. Si bien el articulista hace recaer la responsabilidad de la ineficacia de la vía legal sobre los propios jornaleros, desnuda la existencia de una problemática irresoluble. De este modo, durante algunos años se generó una situación aparentemente paradójal: la coexistencia de desocupación y escasez de brazos en el campo.<sup>16</sup>

Iniciado el siglo XX, la crisis económica generó un incremento de la desocupación. Desde las páginas de *La Prensa* surgían voces de alarma frente a la realidad social que se evidenciaba en los meses de invierno e inicio de la primavera que incentivaba las protestas en un contexto caracterizado por la organización, las movilizaciones y las huelgas protagonizadas por el proletariado local: “ha llegado a tal extremo el encarecimiento de la vida, se lucha con tantas dificultades para conseguir trabajo medianamente remunerado, y son tantos los obreros sin ocupación que vagan semanas y meses mendigando un jornal, que no es posible apartar la vista de este gran problema que cada día se complica y agrava”.<sup>17</sup> Este periódico denunciaba que en 1901 existían no menos de 20.000 obreros sin trabajo o con trabajo alternado y eso implicaba que sólo llegaban a obtener entre 8 y 15 jornales por mes. A esto se sumaba la presencia de unos 6.500 inmigrantes sin oficio que fuera de los períodos de cosecha no encontraban ocupación alguna.<sup>18</sup> Por lo tanto, la necesidad de conseguir empleo incentivó el desplazamiento de nutridos contingentes de trabajadores urbanos hacia los campos entre diciembre y mayo. Así lo reflejaba un artículo de *La Prensa*: ante la falta de empleo había 12.000 vendedores ambulantes que esperaban el verano para recolectar los granos así como 2.000 mecánicos que preten-

---

16 *La Agricultura*, N° 535, 30/4/1903, p. 307; *La Agricultura*, N° 537, 14/5/1903, p. 349. Sobre las causas que limitaban la salida de los trabajadores a los campos ver *La Vanguardia*, 13/2/1904, 3.

17 *La Prensa*, 16/8/1901, 5.

18 *La Prensa*, 21/8/1901, p. 5.

dían conseguir ocupación como maquinistas y foguistas de trilladoras y desgranadoras.<sup>19</sup>

En el caso de varios oficios urbanos que tenían una mayor demanda en invierno, tales como los torneros, de una parte de las costureras, de los zapateros, entre otros (Patroni, 1990), muchos necesitaban desplazarse hacia los campos durante el período estival. Estas migraciones urbano-rurales también se desarrollaban dentro de los propios partidos de la provincia: por ejemplo, los barraqueros de Bahía Blanca o los albañiles de Coronel Pringles se trasladaban al campo para realizar la cosecha. También los obreros contratados para el tendido de vías, una vez finalizada su tarea, debían buscar trabajo y la participación en las faenas agrícolas funcionaba como una salida transitoria. Así, en 1901 los 1.500 obreros contratados para construir el ramal ferroviario de Bahía Blanca a Pringles -que fueron despedidos por la empresa sin abonarles los jornales adeudados-, buscaron tomar parte en las labores de cosecha del trigo como forma de subsistencia.<sup>20</sup>

Hacia 1903, la inmigración se transformó en un foco de atención permanente por parte de especialistas, organismos estatales, chacareros y burgueses agrarios. El incremento del número de arribos y la suerte dispar en las cosechas durante los primeros años del siglo XX generaron preocupaciones en ciertos círculos oficiales acerca de los efectos sociales que podría traer aparejado un “exceso de brazos”. Así, el Jefe del Departamento de Inmigración expresaba su preocupación acerca del crecido número de jornaleros que habían arribado a estas costas y no encontraban ocupación por la mala coyuntura de las cosechas (Alsina, 1903: 13-14).<sup>21</sup> Inclusive desde el periódico bahiense *La Nueva Provincia* se lamentaban por las escasas perspectivas que se avizoraban para los extranjeros en estas latitudes si se pretendía retenerlos en el país: “trabajar para comer no satisface las aspiraciones del inmigrante que abandona su patria y sus más caras afecciones para vincularse al suelo extranjero”.<sup>22</sup>

En esta coyuntura el gobierno italiano impuso una serie de limitaciones a la emigración hacia Argentina: “El gobierno italiano está fir-

---

19 *La Prensa*, 30/8/1901, p. 3; *La Prensa*, 23/9/1901, p. 3.

20 *La Prensa*, 23/8/1901, p. 5; *La Vanguardia* habla de 2.000 trabajadores en huelga. *La Vanguardia*, 17/8/1901, 2; *La Vanguardia*, 14/1/1904, p. 1; *La Protesta*, 1/2/1905. Citadas en (Sartelli, 1998:161).

21 En este trabajo, Alsina reproduce una carta enviada a las autoridades nacionales en 1901 donde se expone acerca de sus preocupaciones.

22 *La Nueva Provincia*, 4/4/1903, p. 1

mamente decidido a impedir la salida de inmigrantes hacia la República Argentina. Lo evidencian medidas tales como imponer fuertes multas a los órganos de publicidad del reino que hagan propaganda a favor de nuestro país o fomenten en cualquiera otra forma la corriente inmigratoria”, alertaba un diario local.<sup>23</sup>

En esa coyuntura, la elevada desocupación impactó en las condiciones de trabajo y los niveles salariales. Testigos de la época comentaban:

“he pasado por los pueblos de mayor importancia agrícola del Sud de la provincia de Buenos Aires, como Coronel Suarez, Arroyo Corto, Pigüé e infinidad de estaciones, y conversando con muchos obreros que han caminado leguas y leguas a pie he podido comprobar la gran abundancia de brazos que hay en la cosecha de este año. He visto también cuadrillas extensas que sin esperanza ninguna de hacer cosecha vuelven a pie por la vía del ferrocarril. Las estaciones citadas están repletas de lingers. En Coronel Suarez, sin exagerar, creo que se aproximan a mil los obreros desocupados...”.<sup>24</sup>

En algunas ocasiones esta situación derivaba en la organización de los trabajadores y el inicio de medidas de lucha que reclamaban aumento de los jornales y mejoras en las condiciones de trabajo.<sup>25</sup>

Esta crítica situación económica -acompañada por un crecimiento de la lucha social- tuvo su epicentro en la Ciudad de Buenos Aires pero también impactó en las zonas rurales y generó las primeras protestas de braceros. El gobierno tomó medidas combinando la represión con intentos de construcción de consenso. En principio, se impuso el Estado de Sitio y en 1902 se sancionó la Ley de Residencia que afectó al conjunto de los trabajadores. Dicha ley “autorizaba al ejecutivo a expulsar a todo extranjero cuya conducta fuera considerada peligrosa para la seguridad nacional o el orden público” (Panettieri, 1967: 140).<sup>26</sup> Luego, hacia mediados de la década de 1900, el ejecutivo encargó una serie de

---

23 *La Nueva Provincia*, 8/1/1904, p. 2.

24 *La Vanguardia*, 7/1/1905, p. 1.

25 Como en caso de los peones de cosecha de Coronel Suarez. Ver *La Protesta*, 24/12/1904, p. 2. Sobre el impacto de la desocupación en los salarios rurales ver *La Agricultura*, N° 526, 26/2/1903, 152; *Boletín Mensual de Estadística y Comercio*. Ministerio de Agricultura de la República Argentina, septiembre de 1904, 17; *La Prensa*, 15/1/1904, 7; (Panettieri, 1988: 17-18).

26 Como es sabido, esta Ley pendió como amenaza y medio de represión efectiva sobre el movimiento sindical argentino expulsando a dirigentes y militantes de origen europeo durante largas décadas, hasta su derogación bajo la presidencia de Frondizi cuando ya carecía de efectividad.

investigaciones sobre las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera con el propósito de impulsar la aprobación de una Ley Nacional de Trabajo que finalmente no se materializó. El objetivo era “la preparación de un proyecto de ley que tuviese por propósito eliminar, en lo posible, las causas de las agitaciones que se notan cada más crecientes en el seno de los gremios” (Panettieri, 1984: 15). Para tal fin, en 1904 Joaquín V. Gonzalez (Ministro del Interior de la segunda presidencia de Roca) le encargó a Juan Bialeto Massé la elaboración de un informe sobre los trabajadores en Argentina donde se destacaban las condiciones de trabajo en las zonas rurales del país. Al año siguiente, Juan Alsina publicó “El obrero en la República Argentina” que también tenía por objeto dar a conocer las condiciones laborales de los asalariados y pugnar por la instrumentación de políticas que permitieran mejorar su situación de vida. En todas estas respuestas estatales y paraestatales, con propósitos reformistas o preventivos, se reflejaba también la agudización de la conflictividad social rural.<sup>27</sup>

## **De la expansión del mercado de trabajo a la desocupación (1905-1914)**

Con la campaña agrícola 1904/1905 se inicia un segundo período en el proceso de conformación y consolidación del mercado de fuerza de trabajo agrícola bonaerense, a partir de la superación de la crisis económica de principios de siglo XX. Entre mediados de la década de 1900 y los inicios de la Primera Guerra Mundial la superficie sembrada se duplicó y se produjo un gran crecimiento de la producción y de las exportaciones, en un contexto de mejor cotización de los granos en el mercado mundial hasta aproximadamente 1908. Este proceso requirió un significativo incremento de la demanda de brazos que incidió en un inicial aumento de los salarios y estimuló la inmigración extranjera lo que generó nuevos cambios en el origen de los braceros agrícolas (Vazquez Presedo, 1971; Panettieri, 1988: 20).

Desde las páginas de *La Nueva Provincia* –el periódico más influyente del sur bonaerense– se exaltaba la halagüeña situación que vis-

---

27 En este trabajo, a diferencia del elaborado por Bialeto Massé, Alsina accedió a la información a través del análisis de documentos editados por el gobierno nacional, los estados provinciales y las entidades consultadas (como la Sociedad Rural Argentina) a través de cartas y cuestionarios. En ambos estudios se prestó una particular atención a la situación de los obreros rurales.

lumbraba para el porvenir de los recién llegados. Aquellos sectores que resaltaban las bondades del proceso económico-social agroexportador veían con optimismo los tiempos que corrían: las riquezas generadas serían el néctar del cual se alimentarían los grandes propietarios, los capitales extranjeros, las arcas del Estado pero también los agricultores y los obreros rurales.<sup>28</sup>

## Las transformaciones en la composición de los obreros agrícolas

Este crecimiento económico y el incremento de la demanda de brazos coincidió con un empeoramiento de las condiciones de vida de un porcentaje significativo de la población rural de la Italia meridional y de las regiones septentrionales de España, que se desplazaron masivamente hacia estas costas (Devoto, 2003: 272-273; Cacopardo, 1991: 32-36). De este modo, en el quinquenio comprendido entre 1906-1910, ingresaron a la Argentina más de 500.000 italianos y otro tanto de españoles (ver Tabla 2). Así, durante este período, el marcado crecimiento del flujo de inmigrantes que arribó al país impactó en forma decisiva en la composición de la fuerza de trabajo local: una parte lo hacía de forma transitoria (la llamada inmigración “golondrina” que viajaba sólo para levantar la cosecha y luego regresaba a sus países de origen) mientras otros vinieron con el objetivo de permanecer períodos más prolongados o debieron hacerlo al pretender ahorrar algo de dinero antes de retornar a “su tierra”. Ahora, aquellos que llegaban por unos pocos meses para aprovechar el diferencial en los salarios rurales constituyeron un porcentaje significativo de los braceros agrícolas. Así lo reflejaban algunas publicaciones de la época: “la proximidad de las cosechas comenzó a mover de Europa, especialmente de Italia y España, numerosos grupos de inmigrantes temporarios, es decir aquellos que llegan a este país a aprovechar los meses de las faenas agrícolas para regresar luego con algunos centenares de francos que han logrado reunir”.<sup>29</sup>

---

28 La Nueva Provincia, 6/1/1906.

29 La Prensa, 1/1/1904, p. 21. Estos desplazamientos temporarios se mantuvieron, aunque con diversas intensidades hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial. Ver *La Prensa*, 8/9/1911, p. 12. Historias de vida de trabajadores golondrina refuerzan esta idea (Zubiri, 2001: 34).

**Tabla 2. Movimiento migratorio de ultramar  
(pasajeros de 2° y 3° clase), 1904-1913**

<b>Años</b>	<b>Inmigración</b>	<b>Emigración</b>	<b>Saldo</b>	<b>Tasa de permanencia</b>
1904	125.567	38.923	86.644	69,00%
1905	177.117	42.869	134.248	75,80%
1906	252.536	60.124	192.412	76,19%
1907	209.103	90.190	118.913	56,87%
1908	255.710	85.412	170.298	66,60%
1909	231.084	94.644	136.440	59,04%
1910	289.640	97.854	191.786	66,22%
1911	225.772	120.709	105.063	46,53%
1912	323.403	120.260	203.143	62,81%
1913	302.047	156.829	145.218	48,08%

Fuentes: elaboración propia en base a Memoria de la División de Inmigración. Año 1913. Ministerio de Agricultura, Buenos Aires (1914).

Sin embargo, es preciso notar que la mayoría de los inmigrantes que participaban en las diversas labores transitorias y particularmente en las tareas de cosecha no estaban en condiciones de venir e irse en un lapso tan corto sino que debían quedarse en el país un tiempo mayor que el previsto. Al respecto, testigos calificados señalaban que la inmigración golondrina no tenía las magnitudes que algunos le adjudicaban. En un artículo publicado en el diario *La Prensa* de 1911, Luis Moltedo (agente marítimo radicado en Rosario) argumentaba que la inmigración al país se renovaba y no estaba constituida solamente por individuos que venían por unos pocos meses de cosecha para regresar el próximo año. Para Moltedo, los sujetos que ingresaban y egresaban anualmente no eran los mismos. Si bien se daba un gran movimiento entre noviembre y mayo, esto respondía a que los ingresantes lo hacían después de terminar la cosecha europea en septiembre mientras que los que emigraban, lo hacían cuando finalizaban los trabajos agrícolas aquí para retornar a sus hogares en primavera.<sup>30</sup> Con argumentos similares, desde las páginas de *La Tierra* se enfatizaba: “nunca hubo golondrinas en las proporciones que se cree generalmente [...] La coincidencia de la llegada y la salida de unas mismas personas está muy lejos de ser motivada por la causa que se le atribuye: no gana un obrero lo suficiente para esas idas y vueltas, largas, costosas y molestas”. Según esta publicación, la remuneración percibida durante la cosecha, descontados los gastos de

<sup>30</sup> *La Prensa*, 5/9/1911, p. 13.

transporte y supervivencia, no justificaba semejante periplo por el monto que efectivamente podía llevarse consigo a su Europa natal a pesar de los menores salarios abonados allí.<sup>31</sup>

Solo a quienes vivían en muy malas condiciones en sus países de origen podía resultarles conveniente movilizarse por unos pocos meses. En esos casos, sus necesidades justificaban soportar el extenso viaje en segunda o tercera clase donde la comida, los lugares para dormir y demás “comodidades” eran prácticamente inexistentes, pese a los avances de la navegación marítima mundial. Por otro lado, los salarios que se abonaban no resultaban tan elevados como se presentan en algunas reconstrucciones historiográficas en línea con una visión apologética de la etapa agroexportadora presuponiendo que el libre flujo de los factores generaba un crecimiento sostenido que habría permitido el “derrame” de la riqueza sobre el conjunto del cuerpo social (Cortes Conde, 1979: 192-211).<sup>32</sup>

Los datos oficiales permiten inferir que el fenómeno de la inmigración golondrina fue protagonizado -en lo fundamental- por sujetos provenientes de Italia dado que entre los españoles el porcentaje que regresaba resulta mucho menor, tal como se evidencia en la Tabla 3. Además, mirado el fenómeno inmigratorio en su conjunto, en este período la tasa de retorno de los extranjeros arribados al país fue sensiblemente menor a lo sucedido entre 1895 y 1904, período en el cual los llamados “golondrinas” tuvieron menos relevancia y la salida de los europeos de nuestro país estuvo mayoritariamente asociado a las dificultades para acceder a una parcela de tierra.

En este segundo período, los mecanismos previstos por el Estado para trasladar a los extranjeros hacia el interior de la provincia adquirieron mayor relevancia dado que creció significativamente la demanda de fuerza de trabajo y el ingreso de inmigrantes: el número de internados prácticamente se triplicó con respecto a lo sucedido en la década anterior (Memorias del Departamento General de Inmigración, 1905, 1908, 1909, 1910). Al mismo tiempo, se mantuvo una marcada diferencia entre la zona maicera y triguera, que se explica por el desarrollo particular de los cultivos y los requerimientos de mano de obra así como por el volumen de población estable que residía en cada partido.

---

31 La Tierra, 16/2/1917, p. 1.

32 Sobre las condiciones del viaje se puede consultar La Protesta, 25/11/1904, p. 3.

**Tabla 3. Movimiento migratorio de italianos y españoles de 2° y 3° clase, 1904-1913**

Años	Italianos				Españoles			
	Inmigración	Emigración	Saldo	Tasa de retorno	Inmigración	Emigración	Saldo	Tasa de retorno
1904	67.598	23.970	43.628	35%	39.851	9.020	30.831	23%
1905	88.950	26.122	62.828	29%	53.029	9.533	43.496	18%
1906	127.348	37.535	89.813	29%	79.517	12.556	66.961	16%
1907	90.282	57.686	32.596	64%	82.606	18.486	64.120	22%
1908	93.479	48.065	45.414	51%	125.497	23.701	101.796	19%
1909	93.528	51.642	41.886	55%	86.798	27.464	59.334	32%
1910	102.019	48.938	53.081	48%	131.466	30.719	100.747	23%
1911	58.185	60.329	-2.144	104%	118.723	39.801	78.922	34%
1912	80.583	48.065	32.518	60%	165.662	41.118	124.544	25%
1913	114.252	59.920	54.332	52%	122.271	59.133	63.138	48%

Fuentes: elaboración propia en base a Resumen Estadístico del Movimiento Migratorio en la República Argentina. Años 1857-1924. Ministerio de Agricultura (1925: 8-9).

## Los cambios en la dinámica del mercado laboral

A lo largo de este segundo período, la expansión de la superficie cultivada estuvo acompañada por el crecimiento de los flujos migratorios: sólo en 1905 desembarcaron en el país 221.600 personas -un 38% más que el año anterior. A pesar de esta situación, diversas publicaciones se hacían eco de las preocupaciones de capitalistas agrarios, chacareros acomodados, contratistas y terratenientes sobre la falta de brazos para las cosechas. Dichas preocupaciones resultaron infundadas ya que el número de inmigrantes que ingresaban anualmente comenzó a superar la demanda estacional de jornaleros para la recolección de los granos. Por este motivo, los socialistas denunciaban que en las zonas agrícolas del sur de Buenos Aires -como Coronel Suarez- había miles de trabajadores varados sin ocupación que se reunían desahuciados en las estaciones de ferrocarril.<sup>33</sup>

33 “La carencia de brazos en la cosecha. Lo que hay de cierto”. *La Vanguardia*, 7/1/1905, p. 1. Sobre esta misma problemática ver también “La falta de brazos. Los agitadores en campaña”. *La Vanguardia*, 22/4/1905, p. 2; *La Vanguardia*, 24/9/1905, p. 1. Sobre las preocupaciones de los capitalistas agrarios, chacareros acomodados, contratistas y terratenientes ver *La Nación*, 21/11/1905, p. 6; *La Nación*, 3/12/1905, p. 5; *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, mayo-junio de 1905, p. 123.

El arribo de inmigrantes al país disminuyó en 1907 debido, entre otros factores, a los informes difundidos en Europa sobre las condiciones de vida y trabajo poco atractivas a las que estaban expuestos los recién llegados. Esta nueva situación generó alarma entre los grandes propietarios y el gobierno ante la posibilidad de que se viera afectada la cosecha. Por ese motivo se reiteraron las propuestas de movilizar a la población desocupada de otras regiones hacia las provincias cerealeras. En algunos casos se planteó la necesidad de rebajar el costo de los pasajes de ferrocarril, puesto que eso favorecería la atracción de los jornaleros de Tucumán, Santiago del Estero, San Luis, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy para levantar las cosechas en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. Se especulaba que si a los obreros del interior se les facilitaba el transporte “acudirían en el momento y en el número necesario a los puntos en que sus servicios fuesen reclamados. Su concurso mantendría la relación entre oferta y la demanda y restablecería el precio normal de los jornales que hoy sufren alzas y diferencias muy sensibles para el productor por la dificultad de obtener brazos en oportunidad”.<sup>34</sup> De este modo, desde el diario *La Nación*, se reconocía que una de las principales preocupaciones de los demandantes de fuerza de trabajo radicaba en generar las condiciones para evitar el aumento de los salarios.<sup>35</sup>

Hacia 1908 el volumen de extranjeros arribados a la Argentina volvió a incrementarse y ese año se alcanzó el número más elevado de arribos al país. Este proceso se reflejó en el crecimiento de la población de los distritos bonaerenses y en el número de europeos que se radicó en el interior de la provincia: por ejemplo en Pergamino la cantidad de habitantes entre 1895 y 1907 se elevó de 23.945 a 35.374 (Salas, 1907).

A pesar de que este proceso inmigratorio estuvo acompañado por un aumento de la superficie cultivada, persistieron y se agravaron las dificultades de los jornaleros transitorios para conseguir ocupación una vez finalizadas las cosechas. Un porcentaje de esos trabajadores regresaba a las ciudades cabeceras de los partidos, otro a las grandes urbes y un tercer sector buscaba alternar las faenas agrícolas con tareas transitorias en las estancias ganaderas aunque resultaba bastante difícil garantizarse un ingreso durante la estación invernal. Al respecto, un

---

34 *La Nación*, 15/11/1907, p. 8.

35 La disminución en los arribos en 1907 se fue revirtiendo en los dos últimos meses del año pero no llegó a compensar la caída que se había producido en el resto del año. Ver *La Nación*, 7/11/1907, p. 9; *La Nación*, 8/12/1907, p. 8. Sobre las propuestas para movilizar población desde el interior ver *La Nación*, 26/11/1907, p. 8.

periódico de Pergamino ofrecía una descripción de las penurias de los asalariados en los períodos del año en que el trabajo rural escaseaba:

“todos los trabajadores saben por lo general que la estación del invierno es una estación sin movimiento ninguno para los trabajadores. Y particularmente en la República Argentina es donde más se nota la desocupación, debido a que este país no es fabril, ni industrial; es un país puramente agrícola y el año que la agricultura llega a faltar viene en general para todos una crisis espantosa, difícil de solucionar. Una de las estaciones desesperadas debido a la sequía, es en la que vamos a entrar. Sin haber llegado al invierno se ve la desocupación forzosa por todos lados: las alcantarillas de los ferrocarriles y los aleros de los galpones están ocupados por los hombres del trabajo, muertos de hambre y llenos de necesidades”.<sup>36</sup>

Esta problemática se fue profundizando por la especialización productiva que se evidenció en cada zona de la provincia: el sur bonaerense se destacó como el principal núcleo triguero aunque todavía durante las primeras décadas del siglo XX la cría de ovejas tuvo un lugar muy relevante; en cambio en el norte, el retroceso de la ganadería ovina frente al avance de la superficie sembrada con maíz demandó cada vez menos esquiladores. De este modo, se restringía la posibilidad de combinar diversas labores estacionales a lo largo de varios meses.<sup>37</sup>

El incremento de la población, las crecientes dificultades para conseguir trabajo y las condiciones laborales que se ofrecían motivaron diversos conflictos sociales, particularmente en la Ciudad de Buenos Aires que funcionaba como el gran proveedor de mano de obra para la cosecha pero luego se convertía “en el gran centro de desocupación”. El gobierno de Roca impulsó la creación -en 1907- del Departamento Nacional de Trabajo con el objetivo de investigar la situación de los asalariados en el país y proponer medidas para alcanzar “la paz social”. A su vez, se incrementó la cantidad de inmigrantes trasladados por el Estado hacia los partidos bonaerenses, lo que evidenciaba una mayor preocupación por regular el mercado de trabajo.<sup>38</sup>

La creciente demanda de brazos, las propias limitaciones gubernamentales y el ritmo vertiginoso de la expansión agrícola desbordaron

---

36 *La Palanca*, 2/6/1907.

37 *La Semana Comercial*, 9/9/1911, N° 5, p. 1.

38 Para 1906 se produjo en el partido de Rojas un conflicto protagonizado por los esquiladores y carreros. Ver *La Palanca*, Pergamino, 18/2/1906, p. 1; Panettieri (1984: 89-90). Sobre la desocupación en Buenos Aires una vez que finalizaba la cosecha ver Panettieri (1988: 14).

este sistema de distribución estatal. Esta situación se evidenció no sólo en la proliferación de agencias privadas de colocación, sino en las propias preocupaciones de los funcionarios públicos que, para inicios de la década de 1910, planteaban la necesidad de crear agencias oficiales que pudieran controlar y ordenar efectivamente la oferta y demanda de trabajo, con el objetivo de evitar (o por lo menos suavizar) la problemática social derivada del “paro forzoso” que se generaba reiteradamente hacia el mes de junio.<sup>39</sup>

Según investigaciones de la época, “funcionaban exactamente 53 agencias particulares en la Ciudad de Buenos Aires que dan colocación a más de 50.000 personas, cobrando comisiones que en épocas de escasez de trabajo se hacen exorbitantes” (Unsuain, 1915: 79). De este modo, a costa de la expoliación e indefensión de los obreros, se lograba el objetivo de levantar las cosechas y garantizar la exportación de los granos. En algunas publicaciones oficiales se filtraban esporádicamente denuncias contra el accionar de aquellas agencias:

“...si la intervención de estos intermediarios es mala en la capital, en cuanto se refiere a la cosecha es funestísima. Los diarios suelen a veces anunciar que en tales y cuales lugares van a faltar brazos para la cosecha que será magnífica [...] Resulta entonces que los trabajadores enviados por los intermediarios se acumulan innecesariamente, lo cual permite al patrón conseguir trabajadores por salarios bajos”.<sup>40</sup>

Incluso existieron situaciones extremas donde empresas que operaban sobre contingentes poblacionales del interior y de países limítrofes, ponían en práctica mecanismos que tendían a limitar seriamente la libertad y posibilidades de opción de los trabajadores contratados. Frente a la posible escasez de brazos, ellas ofrecían peones para las cosechas “dóciles, obedientes y laboriosos”, que eran enviados al mando de un capataz que los vigilaba y los obligaba a cumplir con lo estipulado en un contrato que prácticamente desconocían. La agencia exigía como condición que los salarios de los peones fueran depositados en una de sus

---

39 Boletín del Departamento Nacional de Trabajo, N° 22 (1913: 384-386). Sobre el desarrollo e influencia de las Agencias de Colocación privadas ver Bialek Masse (1985: 723-728). Sobre las dificultades del Estado para regular la oferta y demanda de brazos ver Panettieri (1990: 19).

40 *Boletín del Departamento Nacional de Trabajo*, N° 22, 28/2/1913, pp. 416-417. Estas problemáticas eran denunciadas por el periódico socialista *La Vanguardia* desde inicios de siglo XX (24/10/1903 y 13/02/1904).

cuentas, dado que ellos se encargarían de entregarle a cada jornalero el sueldo y de devolverlo a su lugar de origen una vez finalizada su tarea.<sup>41</sup>

En los inicios de la década de 1910, la necesidad de lograr un mayor control social por parte de los sectores dominantes y el clima ideológico teñido por concepciones racistas que se planteaban el mejoramiento de la “raza argentina”, desembocaron en un incidente diplomático con Italia. El gobierno nacional, antes de permitir el ingreso al país, puso en práctica una revisión más estricta del estado de salud de los inmigrantes y las autoridades italianas –en respuesta- suspendieron la emigración hacia la Argentina durante 1911. La imposición del Estado de Sitio y la sanción de la Ley de Defensa Social también desestimularon el arribo de europeos pues su articulado ubicaba a los extranjeros como potenciales sospechosos de portar ideologías “antisociales”.<sup>42</sup>

Al aproximarse la cosecha de la campaña 1910/11, y frente a la preocupación del gobierno y los demandantes de fuerza de trabajo agrícola, el Director de Agricultura de la provincia Julio Llanos solicitó a las autoridades de cada partido y a las corporaciones rurales que informaran sobre el número de brazos que necesitarían para recolectar los granos. Los datos que surgen de esta consulta resultan apenas una aproximación pero se puede advertir que en la mayoría de los distritos un porcentaje significativo de los jornaleros que se requerían de manera transitoria residían en los mismos partidos.<sup>43</sup> Aunque ya se constataba esta situación, los sectores dominantes buscaron estimular la llegada de trabajadores a través de la eximición de impuestos a los barcos que transportaran un mínimo de 1.200 inmigrantes y de rebajas en los pasajes ferroviarios.<sup>44</sup> También reaparecieron propuestas centradas en

---

41 *La Vanguardia*, 2/12/1911. La nota lleva por título “Los negreros. Se venden peones para la cosecha” y reproducía el contenido de una circular emitida por la empresa The Barbicane Co y firmada por su gerente Carlos G. Salza.

42 *La Vanguardia*, 4/1/1911, p. 1; Marotta (1975: 434-435). Sobre los conflictos diplomáticos con Italia ver Devoto (2003: 291). *La Vanguardia*, 21/10/1911; *La Nueva Provincia*, 8/1/1914.

43 Brazos para la cosecha. *La Prensa*, 19/9/1911, p. 15.

44 *La Prensa*, 19/9/1911, p. 15; *La Semana Comercial*, 14/10/1911, N° 10, p. 5 y 22; *La Semana Comercial*, 9/9/1911, N° 5, p. 9; *La Semana Comercial*, 23/11/1911, N° 7, p. 16. Para 1911 se inauguró el Hotel de Inmigrantes en Bahía Blanca y se produjeron los primeros arribos de barcos que trasladaban inmigrantes a la ciudad del sur bonaerense. Sin embargo, la intensión de la mayoría de los europeos de trasladarse a Buenos Aires y las sequías que afectaron las cosechas de 1910 a 1913 e impactaron en la demanda de mano de obra en el sur bonaerense, desestimularon la afluencia directa de europeos. De este modo, a los pocos meses de su apertura el Hotel de

“reclutar peones en las provincias del norte para el levantamiento de las cosechas, supliendo así la falta de brazos que pudiesen producirse por efecto de las medidas adoptadas por el gobierno italiano”.<sup>45</sup> En *La Semana Comercial* –periódico de Bahía Blanca- podía leerse: “La Rioja, Catamarca, Jujuy, Corrientes, son provincias en las cuales los peones ganan míseros jornales. Hábiles y sobrios, esos peones trabajan en la ganadería o en los obrajes de madera, labores infinitamente más penosas que las tareas agrícolas. Nada más fácil que derivar esa considerable masa de trabajadores hacia las regiones dedicadas a la agricultura”.<sup>46</sup> Se reclamaba una efectiva rebaja en las tarifas ferroviarias que facilitara la movilización desde el interior y se recomendaba el traslado de santiagueños, puntanos, cordobeses o riojanos en lugar de tucumanos, salteños o jujeños. Se argumentaba que estos últimos terminaban muy cansados luego de la zafra de azúcar y no estaban en condiciones para encarar las rudas tareas que requería la cosecha de granos en la región pampeana.<sup>47</sup>

Sin embargo, a pesar de los problemas que en principio podía acarrear la disminución de la inmigración, la recolección de los granos finalmente se pudo llevar adelante sin dificultades, lo que sugería la existencia de una menor dependencia relativa con respecto a la llegada de jornaleros extranjeros. Inclusive, el periódico *La Vanguardia* denunciaba que resultaba frecuente encontrar –en la propia campaña de 1911- numerosos núcleos de desocupados.<sup>48</sup>

En la campaña agrícola de 1911/12, frente a la hipotética escasez de jornaleros para la cosecha manual de maíz, el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministerio de Agricultura iniciaron gestiones para garantizar la llegada de 10.000 obreros de Panamá que estaban desocupados. Sin embargo, desde los propios organismos oficiales se reconocía que no faltaban jornaleros, sino que el pedido de una mayor cantidad de más “brazos” respondía “a la precipitación con que los agricultores desean levantar su cosecha para realizarla inmediatamente, urgidos por la necesidad de hacerse de recursos después de un año malogrado,

---

Inmigrantes dejó de funcionar. *La Semana Comercial*, 11/11/1911, N° 14, p. 1; *La Prensa*, 1/1/1913, p. 21; *La Semana Comercial*, 12/08/1911, p. 1. Estas exenciones se repitieron en 1912. *La Semana Comercial*, 2/11/1912, N° 60, p. 1.

45 *La Semana Comercial*, 26/8/1911, N° 3, p. 1.

46 *La Semana Comercial*, 19/8/1911, N° 2, p. 1.

47 *La Nación*, 5/10/1911, pp. 6-7; *La Nación* 12/11/1911, p. 10.

48 *La Vanguardia*, 26/11/1911, p. 3; *La Vanguardia*, 23/12/1911, p. 1; *La Vanguardia*, 27/12/1911, p. 1.

como fue el anterior para este cereal”.<sup>49</sup> El incremento de los flujos migratorios en 1912 permitió garantizar la disponibilidad de los 400.000 obreros transitorios que se necesitarían en la cosecha y agudizó –simultáneamente– el problema del desempleo posterior.

Esta situación se evidenció con más claridad hacia 1913, cuando comenzaron a sentirse los efectos de la Guerra de los Balcanes y el preludio de la Primera Guerra Mundial en los niveles de ocupación obrera en el país, fenómeno que atemperó la alarma del gobierno y los propietarios rurales frente a la aparente escasez de brazos entre noviembre y mayo. Desde publicaciones oficiales se planteaba que para la campaña 1912/13 “la investigación práctica confirma que no ha de haber escasez de peones para esta cosecha y todo induce a creer que el precio de los salarios podría ser algo más bajo que el año pasado si las empresas de transporte facilitan el traslado de los trabajadores de un punto a otro del territorio para evitar desequilibrios entre la oferta y la demanda de brazos”.<sup>50</sup>

Lo interesante de este testimonio no radica particularmente en su reeditada propuesta de trasladar pobladores del interior para resolver las cosechas sino en la explícita mención que realiza acerca de la preocupación principal de los detentadores de los medios de producción, de la cual se hacían eco los organismos estatales: disminuir los costos salariales para incrementar sus tasas de ganancia. Este anhelo se hacía más factible en una coyuntura caracterizada por una creciente desocupación. Tal como se reconocía en el propio Boletín del Departamento Nacional de Trabajo –publicado en febrero de 1913– donde se lamentaban, inclusive, de la estructural inestabilidad laboral que reglaba la ocupación: “en este país, donde el trabajo es de una movilidad única, a cada momento los obreros pierden su empleo” (BDNT, 1913: 384).

Al respecto, consultado por el Departamento Nacional de Trabajo sobre las causas del “paro forzoso” derivado de la transitoriedad de las tareas agrícolas, Alejandro Bunge, constataba que este era propio del trabajo en la cosecha: “el jornalero que a veces llega a su destino quince días antes del comienzo del trabajo tiene que vivir sin recibir sueldo alguno y a cuenta del salario futuro. Terminada la faena, dice Bunge,

---

49 *Boletín del Ministerio de Agricultura de la República Argentina*, Junio de 1912, N° 6, 1912, p. 521. Sobre las gestiones para traer obreros de Panamá ver *La Nación*, 8/11/1911, p. 10.

50 *Boletín Mensual de Estadística Agrícola*, diciembre de 1912. Ministerio de Agricultura de la República Argentina, (1912: 6).

se encuentra una gran masa frente a esta incógnita: ¿A dónde ir? Para resolverla, el obrero, como se halla con dinero, se queda algunos días en el pueblo próximo derrochando el producto de su trabajo, y luego, hasta encontrar uno de los muchos empleos que para cada uno tiene reservada la actividad del país, debe peregrinar dos o tres semanas” (BDNT, 1913: 388).

Las referencias de Bunge, al tiempo que traslucen sus posicionamientos y concepciones sociales sobre el uso que daban los obreros a sus salarios y el lugar que tenía “reservado” cada uno en la estructura económica, dan cuenta también de la dinámica particular del mercado de fuerza de trabajo rural: la transitoriedad y los intervalos –a veces prolongados- que podían transcurrir durante la propia cosecha sin conseguir otra ocupación. De este modo avanzaba el proceso de consolidación del mercado de fuerza de trabajo regional que principalmente abarcaba a Buenos Aires y el resto de las provincias cerealeras.<sup>51</sup>

Hacia 1914 el número de trabajadores que residían en el país resultaba suficiente para garantizar la cosecha a pesar de que el saldo migratorio fue negativo por el impacto de la Primera Guerra Mundial. En ese mismo año se aceleró el nivel de desocupación y, a pesar de los jornales y las condiciones laborales que se ofrecían, la recolección de los granos se transformó en una de las escasas opciones para obtener un salario. Al respecto, un periódico de Bahía Blanca comentaba: “lo que está ocurriendo con la gente desocupada que busca emplearse en la recolección de la cosecha es algo asombroso que no debe pasar desapercibido. Las caravanas de obreros que van y vienen sin orientación... [...] La prensa debe advertir a los obreros que toda la zona sur y la región de la pampa está congestionada de obreros sin trabajo que soportan las más terribles penurias”.<sup>52</sup>

---

51 Tal constatación crítica se inscribe en las tempranas posturas industrialistas de aquel economista.

52 *Diario del Pueblo*, 18/12/1914, p. 3. Esta misma noticia se reitera dos días después en donde además se aclara que se publicaron avisos diciendo que en la zona sur faltarían obreros y eso empeoró la situación dado que ahora hay una superabundancia y gran desocupación. *Diario del Pueblo*, 20/12/1914, p. 3.

## Consideraciones finales

De la reconstrucción precedente se puede concluir que entre fines de siglo XIX y los inicios de la primera Guerra Mundial se desarrolló y consolidó el mercado de fuerza de trabajo agrícola en la provincia de Buenos Aires al compás de la expansión de la superficie sembrada. Para 1910 resultaba evidente para los propios contemporáneos que, a pesar del incremento del área cultivada, no se requería ya de la inmigración estival para garantizar la recolección del trigo y el maíz.

En este período, los asalariados rurales tuvieron un papel protagónico debido a que la mayoría de las unidades dedicadas al cultivo de la tierra poseían una dimensión que superaba las 100 hectáreas y la contratación de un número variable de jornaleros se hizo prácticamente imprescindible para la cosecha del maíz, de trigo y lino ya que, en el caso de los chacareros –arrendatarios o propietarios- la mano de obra familiar no resultaba suficiente para obtener el producto en tiempo y forma. También la trilla de los granos a cargo de contratistas requirió miles de trabajadores que pusieron en funcionamiento las máquinas que se requerían para esta tarea. Por lo tanto, el aporte de esta fracción de la fuerza de trabajo constituyó un elemento fundamental que permitió e hizo posible la expansión agraria que se desarrolló en estas latitudes.

En relación a la procedencia de los obreros rurales, se pudo advertir que no descendían únicamente “de los barcos” sino que fueron resultado de la confluencia de europeos y criollos a los que las clases dominantes locales fueron cercenando el acceso directo a los medios de producción fundamentales –mediante el cierre de la frontera abierta, la apropiación privada absoluta de la tierra, una nueva legislación y alambrado de los campos. Este proceso que como es sabido consolidó el monopolio de la tierra en manos de la clase terrateniente al mismo tiempo compelió a una importante proporción de la población rural en la zona pampeana a vender su fuerza de trabajo para reproducirse.

En la constitución del mercado trabajo para la agricultura bonaerense se identificaron dos períodos: en el primero, los trabajadores de los pueblos de campaña y de las grandes ciudades constituyeron los contingentes más relevantes mientras que en el segundo período, los inmigrantes, golondrinas pero también más estables, se transformaron en el principal afluente de cosecheros. Como hemos visto, la inmigración “golondrina” no estuvo tan extendida como han propuesto algunas interpretaciones. Si bien cobró mayor relevancia hacia mediados de la década de 1900, estuvo motivada en lo fundamental por una pronunciada

desmejora en las condiciones de vida en las áreas rurales de vastas regiones sobre todo de Italia. Esas condiciones hacían plausible el viaje en tercera clase hacia la Argentina para realizar la cosecha. Sin embargo, en muchos casos el dinero acumulado en esos meses no alcanzaba para abonar el pasaje de regreso y retornar un ahorro. Por eso, una parte de los europeos solían permanecer en el país por dos o tres años antes de regresar su lugar de origen.

Es importante destacar que las fuentes del período no registran una presencia masiva de cosecheros provenientes de otras regiones del país donde por otra parte la población mayoritaria no vivía en mejores condiciones que los italianos o españoles que migraban todos los años. Sólo en los momentos aparentemente críticos de oferta de mano de obra emergían propuestas que apuntaban a lograr al traslado de población del Noroeste o Noreste hacia las provincias del Litoral así como los planteos críticos desde el ángulo social a las mismas. ¿Por qué para los europeos resultaba conveniente y posible desplazarse hacia estas costas a pesar del viaje de tres semanas en tercera clase y los jujeños, chaqueños o salteños no se movilizaban unos 1500 kilómetros hacia la zona del cereal? Resulta evidente que una serie de factores restringieron el proceso de consolidación de un mercado de fuerza de trabajo a escala nacional. En esta etapa la circulación de la población se desplegó en espacios más acotados.

Durante estas décadas los mecanismos impulsados por el Estado para regular la provisión de brazos para la cosecha despertó la crítica de algunos funcionarios que no sólo denunciaron el funcionamiento de las agencias privadas de colocación sino también la ineficacia estatal para controlar la oferta y demanda de jornaleros. De todas formas, como lo refleja la evolución y dinámica del mercado de fuerza de trabajo, bajo los diversos gobiernos conservadores –más allá de sus diferentes alineamientos políticos- se verificó la existencia de un exceso relativo de población que presionaba sobre los salarios de los jornaleros rurales y generó –como contrapartida- mejores condiciones de acumulación para los terratenientes, el capital extranjero que controlaba el transporte y comercialización de granos, y los sectores de burguesía agraria y contratistas de mano de obra.

La indefensión de los obreros rurales era reforzada por la inexistencia de leyes protectoras y el aislamiento en que desarrollaban jornadas interminables en condiciones insalubres, recibiendo pésima alimen-

tación y alojándose a la intemperie.<sup>53</sup> Los salarios recibidos podían resultar tentadores para aquellos que desempeñaban tareas temporarias en las ciudades o en los pueblos y zonas rurales cercanas, pero el trabajo “de estrella a estrella”, la compra de mercancías a un costo muy elevado y las posibles deducciones a sus jornales a los que estaban expuestos, le quitaban parte de su atractivo. A su vez, fueron víctimas de engaños y estafas, no sólo por parte de los almaceneros de ramos generales, sino también por los titulares de las grandes explotaciones y los empresarios de trilla que se valieron de un sinnúmero de estrategias para garantizarse la explotación de la mano de obra necesaria al menor costo posible. Estos factores podrían explicar, en cierta medida, la aparente escasez de brazos para la cosecha denunciada por algunos organismos estatales y la prensa socialista y anarquista en los primeros años de la expansión agrícola bonaerense.

El desarrollo cíclico de las labores agrícolas, al demandar una enorme cantidad de peones entre noviembre y mayo y luego eran expulsados hasta que la necesidad de segar y trillar el trigo y el maíz volviese a generar una nueva señal, determinó características distintivas de este período. La dinámica del mercado laboral en el que participaba la mayoría de los trabajadores estaba caracterizada por la transitoriedad, la inestabilidad y el consecuente “paro forzoso” que imponía la fisonomía de la formación económico-social argentina. Las necesidades que emanaban de este andamiaje productivo regeneraban esa enorme masa de trabajadores precarios que se movilizaban en busca de una ocupación temporaria de la ciudad al campo y del campo a la ciudad y que constituían un pilar fundamental de la Argentina “del ganado y de las mieses”.

## Material primario publicado

Alsina, Juan (1903). *Población Tierras y Producción*. Buenos Aires.

Alsina, Juan (1905). *El obrero de la República Argentina*. Buenos Aires.

---

53 La Ley 4661 de Descanso Dominical sancionada en 1905 sólo regía en Capital Federal y los territorios Nacionales. La Ley 9688 de Responsabilidad por accidentes de trabajo, promulgada en 1915, fue la única que amparó en este período a un conjunto de los trabajadores rurales constituido por el personal de trilladoras y desgranadoras y por estibadores y carreros. Sin embargo, “no se puede evaluar con certeza el acatamiento de esta ley, pues las denuncias de indemnizaciones impagas y de desentendimiento oficial fueron constantes”. (Ascolani, 1996: 150).

- Conti, Marcelo (1917). *Cartilla práctica del conductor de máquinas para cosecha*. Buenos Aires, Universidad Popular de La Boca.
- Ministerio del Interior (1915). *La desocupación de los obreros en la República Argentina*. Buenos Aires.
- Rodríguez Tarditti, José (1926). “Los trabajadores del campo”. *Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, N° 57.
- Salas, Carlos (1907). *Apuntes sobre la distribución de la población de la provincia de Buenos Aires*. La Plata, Dirección General de Estadística de la Provincia de Buenos Aires.
- Unsuain, Alejandro (1915). “La protección legal a los trabajadores en la República Argentina”. *Revista de Ciencias Económicas*, N° 25-26.

## Publicaciones periódicas

- La Vanguardia.
- La Prensa.
- La Nación.
- La Semana Comercial.
- La Nueva Provincia.
- La voz del pueblo.
- Diario del Pueblo.
- La Tierra.
- La Agricultura.
- Anales de la Sociedad Rural Argentina.
- La Palanca. Órgano del Centro Socialista de Pergamino.
- Boletín del Departamento de Trabajo (1913), N° 22-25.
- Boletín del Departamento de Trabajo (1916), N° 33.

## Censos y estadísticas oficiales

- Cédulas de población del *Segundo Censo Nacional*, 1895. Archivo General de la Nación.
- Memorias de la División de Inmigración. Ministerio de Agricultura.

## Bibliografía

- Ansaldi, Waldo (comp.) (1993). *Conflictos obreros rurales pampeanos (1900-1937)*. Buenos Aires, CEAL.
- Ascolani, Adrián (1996). “Orígenes de la legislación laboral agraria en Argentina. Vinculaciones con la política y la economía (1900-1930)”. *Anuario de la Escuela de Historia*, Rosario, N° 16.
- Ascolani, Adrián (1997). “Estado y mercado de trabajo rural pampeano (1890-1930)”. *Anuario de la Escuela de Historia*, Rosario, N° 17.
- Ascolani, Adrian (1998). “Hacia la formación de un mercado de trabajo rural “nacional”. Las migraciones laborales en la región cerealera (1890-1930). *Revista Res Gesta*, n° 36.
- Azcuy Ameghino, Eduardo (2011). *Una historia casi agraria. Hipótesis y problemas para una agenda de investigación sobre los orígenes y desarrollo del capitalismo en Argentina*. Buenos Aires, Ediciones del PIEA.
- Bialet Massé, Juan (1985). *Informe sobre el Estado de la clase obrera*. España, Hyspamérica.
- Bunge, Alejandro (1918). “La economía positiva y la política económica argentina”. *Revista de Economía Argentina*, Año I, Tomo I, Septiembre.
- Cacopardo, María Cristina y Moreno, José Luis (1991). “La emigración italiana meridional a la Argentina: calabreses y sicilianos (1880-1930)”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, N° 3.
- Caviglia de Villar, Jorgelina María (1971). *Inmigración ultramarina en Bahía Blanca (1880-1914)*. Buenos Aires, Clacso.
- Ciafardini, Horacio (2002). “Contribuciones a los estudios sobre economía argentina”. *Textos sobre economía política e historia (selección de trabajos)*, Rosario, 2002.
- Cortés Conde, Roberto (2005). *La economía política de la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires, Edhasa.
- Djenderedjian, Julio; Bearzotti, Sílcora y Martirén, Juan (2010). *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires, Teseo/Editorial Universidad de Belgrano.
- Frank, Rodolfo (2002). “La Trilladora”. *Todo es Historia*, N° 423.
- Gresores, Gabriela, Volkind, Pablo y Giribone, Fernanda (2014). “Un servicio humanitario”. La circulación de mano de obra compulsiva en el trabajo agrario a principios del Siglo XX”. *Actas de las II*

- Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios del NOA. Instituto de Desarrollo Rural. Facultad de Ciencias Naturales. Universidad Nacional de Salta.*
- Lattes, Alfredo (1979). "La dinámica de la población rural en la Argentina entre 1870 y 1970". *Cuaderno del CENEP*, N° 9.
- Marotta, Sebastián (1975). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo 1857-1914*. Buenos Aires, Libera.
- Marx, Carlos (1995). *El Capital*. México, Fondo de Cultura Económico.
- Miguez, Eduardo (1993). "La frontera de Buenos Aires en el siglo XIX: población y mercado de trabajo". En Mandrini, Raúl y Reguera, Andrea. *Huellas en la tierra*. Tandil, IEHS.
- Miguez, Eduardo (2008). *Historia económica de la Argentina. De la conquista a la crisis de 1930*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Nario, Hugo (1980). "Los Crotos". *Todo es Historia*, N° 158.
- Ospital, María Silvia (1987). "Aspectos de la oferta de mano de obra en la campaña bonaerense. Aporte migratorio (1900-1914)". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 5.
- Ospital, María Silvia (1991). "Empresarios, inmigrantes y mercado de brazos en la Argentina, (1916-1930)". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 19.
- Pagani, Clelia; Avale de Iurman, Nora y Di Gilo, Nora (1971). *Contribución al estudio del impacto inmigratorio en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires. La inmigración italiana 1880-1914*. Bahía Blanca, Seminario de Historia Argentina, Documento de Trabajo N° 2.
- Panettieri, José (1967). *Los trabajadores*. Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.
- Panettieri, José (1984). *Las primeras leyes obreras*. Buenos Aires, CEAL.
- Panettieri, José (1988). *El paro forzoso en la Argentina agroexportadora*. Buenos Aires, C.E.A.L.
- Patroni, Adrián (1990). *Los trabajadores en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL.
- Pianetto, Ofelia (1984). "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922". *Desarrollo Económico*, v 24, N° 94.
- Pucciarelli, Alfredo (1986). *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Sansoni, Mariela (1990). "Mercado de trabajo agrícola y paro estacional en el agro pampeano (1890-1920)". *Estudios e Investigaciones*.

- Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, N° 2.
- Sartelli, Eduardo (1992). *Las máquinas y los hombres*. Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. (mimeo)
- Sartelli, Eduardo (1997). “Ríos de oro y gigantes de acero. Tecnología y clases sociales en la región pampeana (1870-1940)”. *Razón y Revolución*, N° 3.
- Vazquez Presedo, Vicente (1971). *Estadísticas Históricas Argentina, 1875-1914*. Buenos Aires, Ediciones Macchi.
- Villulla, Juan Manuel (2015). *Las cosechas son ajenas. Historia de los trabajadores rurales detrás del agronegocio*. Buenos Aires, Cienflores.
- Volkind, Pablo (2015). *Entre la agricultura “de punta” y la “canción de otoño”: procesos de trabajo, medios de producción y relaciones sociales en los núcleos maiceros y trigueros bonaerenses, 1895-1920*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Tesis doctoral inédita.
- Volkind, Pablo y Gon Aguirre, Gerardo (2013). “El impacto de la inmigración europea en las actividades económicas rurales: Pergamino a fines del siglo XIX”. En de Arce, Alejandra y Mateo, Graciela (comps.). *Migraciones e identidades en el mundo rural*. Buenos Aires, Imago Mundi.
- Zubiri, Horacio (2001). “Testimonio de Don Melchor Farrás”. *El Museo*, N° 19, Salto, Buenos Aires.

Un incierto y sinuoso camino: la formación del mercado de fuerza de trabajo en la agricultura bonaerense entre fines del siglo XIX y el inicio de la Primera Guerra Mundial

Fecha de recepción: 8/6/2015

Fecha de aceptación: 20/8/2015